

Luchando a muerte por un amor

Nunca antes me había encontrado en este tipo de situación. Y definitivamente es la última.

Dos hombres están luchando por mi amor.

A ambos los conozco desde hace tiempo, y ambos son mis amigos.

Lo más triste, entre ellos también son amigos.

Todo empezó porque los padres de ambos querían que ellos me cortejaran, pero desconocían ambas familias los planes una de la otra.

Tampoco es que me considere moneda de oro para que se peleen por mí, pero ambas familias querían a una descendiente de un buen mercader favorecido por la corona para poder tener buenas relaciones.

Cuando éramos pequeños, eso no nos interesaba.

Extraño aquellos tiempos.

Podíamos sentarnos en la sala de mi casa a leer libros de aventuras, soñando con ser nosotros los aventureros. O jugar a la casa, y ambos actuaban como mi hermano o mi esposo.

Y todo era con inocencia.

Dejamos de vernos por los negocios de mi padre. De eso ya quince años. Ahora yo regresaba convertida en toda una pequeña dama, y con una pequeña fortuna nada desdeñable. Pero, eso a mí no me importaba.

Sólo quería ver a mis amigos.

Mis padres ofrecieron un baile en honor a su regreso a este pueblo, su lugar natal, e invitaron a todos los jóvenes de la comarca. Me sentí como si me ofrecieran a los lobos. Por eso decidí huir.

Y hubiera tenido éxito, si no fuera porque Jonathan, joven tan amable y gallardo, llegaba montado en su corcel negro. Sus cascos casi me destrozan.

- Lo siento, señorita. No pensé que hubiera alguien por estos lares. Con tanta algarabía por el baile, pensé en llegar con un elegante retraso.
- Es del baile de donde vengo.
- ¿Tan aburrido está? Quizá es mejor que no vaya. Y yo que quería conocer a la joven doncella que ha regresado. ¿La conoce?
- Está hablando con ella, joven.
- Me presento, soy Jonathan Withaker.
- ¿Withaker? ¿Sois el hijo del Almirante Withaker?
- No recuerdo que fuera famoso, pero sí.
- C'est moi, Geraldine Haddock. ¿Me recuerdas? Solíamos jugar de pequeños. No pensé que hubieras cambiado tanto.
- ¿Geraldine? ¿La pequeña Geraldine? Casi no te reconozco. También has cambiado mucho.

Así nos quedamos conversando un rato en un pequeño claro cercano con sólo la luna como testigo de nuestro reencuentro. De pequeña no lo había notado, pero Jonathan tenía una gracia inigualable. Quizá no era el más hermoso, ni el más brillante, pero tenía su encanto.

Me montó en el caballo y fuimos de regreso a mi casa. Mis padres ya iban a iniciar una fiesta de búsqueda cuando llegué.

- Hija, no vuelvas a hacer eso. Es muy riesgoso. Gracias a Dios que te encontró este joven...
- Withaker. Jonathan Withaker – dijo mi nuevo viejo amigo mostrando muy buenos modales. Ya no era el niño que corría por toda mi casa queriendo rayar las paredes.
- Joven Withaker. Bueno, queridos invitados – dijo mi padre en voz alta ante la gente congregada en nuestro patio – podemos regresar al interior de la casa. Mi hija está sana y salva gracias al joven Withaker. Ah, por cierto – dijo en voz baja cuando se acercó a abrazarme – tu primer baile será con él.
- ¿Con Withaker?
- Sí. Es una orden.

Mi padre y sus órdenes. Luego se acercó a hablar con Jonathan y esbozó una sonrisa. Recién nos volvíamos a ver y se mostraba gustoso ante la idea de bailar conmigo.

Durante el baile me encontré con mi otro amigo, Mathew Dickinson. Siempre había sido reservado y me impresionó verlo en el baile, más aún bailando. Cuando nos pudimos acercar me dijo:

- No puedo creer que hayas inaugurado el baile con Jonathan.
- Buenas noches, Dickinson. Fue idea de mi padre.
- ¿Y desde cuándo la niña aventurera le obedece?
- Desde que la niña se convirtió en señorita.
- Y una muy linda. Un gusto volver a veros – dijo mientras cogía mi mano para besarla.

Nos separamos y volví a bailar con Jonathan, pero mi mirada buscaba a Mathew, hijo del mejor abogado del pueblo. Lo noté molesto. Y eso era aún más raro que verlo en un baile. Después de unos días me encontraba a veces con los dos, a veces con uno. Podía ser cuando iba a comprar cintas con mi nueva amiga, Daisy Pattinson (idea de mi madre) o cuando iba al servicio dominical. Incluso iban a mi casa a cenar o escucharme tocar el piano y cantar. Pocas fueron las ocasiones en que volvíamos a leer libros de aventuras como de niños. Generalmente era yo quien se sentaba cerca del hogar y ellos se acomodaban en los muebles y me escuchaban. A veces Jonathan se aburría y se levantaba para mirar por la ventana. Mathew era quien no perdía el interés.

Pero, un día, lo noté tan cansado y decidí leer poemas. Apenas había terminado el tercero cuando alcé la vista ante un sonido sinusual. Mathew se había dormido y roncaba quedamente.

La mucama se encontraba en otra estancia y no pude evitar dejar el libro de lado y levantarme para verlo de cerca. En días anteriores lo había notado enojado, mal humorado. Pero hoy estaba tranquilo y cansado. Y, dormido así, parecía un ángel. Su cabello negro, que suplicaba un corte, e caía sobre parte del rostro, y sus párpados ocultaban aquellos ojos azul claro que me encantaban desde pequeña.

Daisy me dijo que ambos estaban enamorados de mí, y que debía decidir. Pero, ¿cómo decidir entre dos amigos sin lastimarlos?

Pensé en esperar a que uno de los dos se cansara, pero ninguno lo hacía. Uno muy jovial, otro muy reservado. Uno había cambiado y el otro no. Me era difícil elegir.

Hasta que mi padre los llevó con nosotros de viaje a Manchester. La peor decisión que pudo haber tenido en su vida. Ambos hacían de todo para recibir uno solo mis atenciones. Y, ahora, henos aquí, en una tierra ajena. Ellos, con espadas, luchando por mí mientras yo no sabía dónde esconderme ni cómo hacer para llamar a alguien que los detenga. Ellos se lastimaban y sangraban sin piedad. Eran inmisericordes el uno con el otro. No había amistad, sólo un estúpido duelo. Y nada parecía detenerlos.

De repente escucho que vienen unos caballos y sobre ellos mi padre con unos amigos y se detienen cerca de mí mientras los miran matarse. Y yo, tirada en el piso, con mi vestido lleno de lodo por la lluvia de la noche anterior.

- Hija, levántate.
- Padre, detenlos, por favor – dije con mi voz entrecortada. No podía articular bien mis palabras por las lágrimas que me ahogaban.
- Sólo tú podrías hacerlo. Hacen esto por ti.
- Sí, pero no quiero que esto siga.
- Solo tú puedes detenerlos.

Con eso en mente decidí levantarme y acercarme sigilosamente al campo de batalla.

Ninguno dejaba de lado su espada, ni miraban alrededor. Era como si estuviesen en un mundo aparte. En eso, una de las hojas se rompe y sale volando. Tan nublada estaba mi vista que no había notado su trayectoria. Apenas si había oído el grito de mi padre llamándome. Y Mathew corriendo hacia mí mientras sentía cómo algo frío penetraba mi abdomen. La hoja voló hacia mí y me lastimó. Sólo atiné a caer de rodillas.

- Geraldine, Geraldine. Responde, por favor.
- Pa... ¿Padre?
- No, soy Mathew. Te llevaremos con un médico. ¿Por qué te acercaste? ¿Por qué lo hiciste?
- Porque... no... se detenían.

No pude hablar más, las fuerzas se me iban. Ya no percibía lo que sucedía a mi alrededor.

Cuando desperté, me encontraba con el mejor médico de Manchester. O así decía mi padre. A mi lado estaba Mathew.

- Jo... - dejé de hablar. El sólo intentarlo me dolía.
- Jonathan no soporta verte. Puede luchar conmigo, pero al verte herida se desmayó. Ya lo mandamos de regreso a casa a ese cobarde hijo de almirante.

Le salió un verso sin mucho esfuerzo. Sólo sonreí, ya que me sentía débil para reírme a carcajadas. Lo que me causó sorpresa fue que Mathew también sonrió, y sostenía mi mano con ternura.

La lucha había terminado, y si mi padre decía que me casara con Jonathan, me sentía capaz de huir de nuevo, pero esta vez con Mathew a mi lado.